PEDRO MONTT

10 (464-1)

La mediación diplomática en la Revolución de 1891



IMPRENTA UNIVERSITARIA Valenzuela Basterrica y Cía. Estado 63-Santiago de Chile 1 9 5 2

成数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数数

La mediación diplomática en la Revolución de 1891

PEDRO MONTT

no(464-1)

La mediación diplomática en la Revolución de 1891



IMPRENTA UNIVERSITARIA Valenzuela Basterrica y Cía.

Estado 63-Santiago de Chile 1 9 5 2 El miércoles 29 de abril recibí una comunicación de la Junta de Gobierno de Iquique dirigida también a los señores Altamirano, Alejandro Vial, Gregorio Donoso, Eduardo Matte, Belisario Prats, Melchor Concha y Toro y Carlos Walker Martínez con fecha 20 del mismo, y en la cual se nos decía que el Almirante inglés, por indicación de los Ministros de Inglaterra y Alemania, ofrecía su mediación para terminar la guerra civil; que la Junta había aceptado esta mediación, y que había designado a las ocho personas indicadas para que la representasen en las conferencias que debían celebrarse en un buque de guerra o en alguna legación.

Las instrucciones de la Junta eran amplísimas y el convenio celebrado por los comisionados sería definitivo. La Junta lo consideraba perfecto sin necesidad de ratificación.

Mi mujer, que me llevó los documentos, me dijo que a ella se los había entregado Luisa Pardo de Orrego, sin agregarle otra cosa sino que a las 4 de la tarde volvería por la respuesta. No sabía quién los enviaba, y se le había encargado prevenirme que diera por escrito mi opinión. No tenía ninguna idea de esta negociación. Días antes había oído, como rumor, que Balmaceda había pedido al Almirante inglés Mr. Hotham que ofreciera su mediación, y que con este motivo Mr. Hotham había partido a Iquique; pero como después había ocurrido el hundimiento del *Blanco*, no había vuelto a acordarme del asunto, creyendo que no tuviera fundamento.

Encerrado como estaba desde más de tres meses y medio, e ignorando por completo la situación de las cosas en Iquique, y aún en Santiago, pues no sabía que trabajos se estuvieran preparando o estuvieran hechos, no me consideraba en aptitud de dar opinión en materia tan grave sin conversar a lo menos con las otras personas comisionadas, pero como esto no era posible y no debía negarme a asumir la responsabilidad que las circunstancias me imponían, me decidí a formular mi opinión.

Conversé con José Manuel Infante, Carlos Varas y Máximo del Campo, que estaban escondidos en la misma casa de mi mamá como yo, y contesté que en mi concepto debía:

- 1.º Aceptarse un avenimiento pacífico, si era posible hacerlo honroso;
- Que la base debía ser el restablecimiento de la Constitución y las leves;
- 3.º Que Balmaceda debía dejar la Presidencia, y que podía ofrecerse una amnistía, aunque era grave dejar impunes tantos delitos.

Devolví los documentos con mi opinión, y no supe más hasta el sábado. Ese día me vió Roberto Mac Clure y me dijo que los diplomáticos deseaban hablar conmigo. Se arregló la conferencia para la noche, y tuvo lugar en casa de mi mamá.

A las 11 de la noche del sábado 2 de mayo, llegan a casa Mr. Egan, el Sr. Cavalcanti y M. de France, Ministros de Estados Unidos, del Brasil y de Francia. Me dicen que han ofrecido sus buenos oficios para terminar la guerra civil; que el señor Balmaceda los ha aceptado; que me llevan un salvo conducto para que podamos reunirnos, pues otro igual se ha dado a los demás comisionados; y que recibiría yo una citación para el día siguiente.

Como en los documentos que había yo visto figuraban sólo los Ministros de Inglaterra y Alemania, que eran precisamente

los que no aparecían ahora, pregunté lo que significaba este cambio, y me manifestaron que ellos habían ofrecido su mediación primero que los Ministros inglés y alemán, y que tanto por estas circunstancias, como por haberse hecho el ofrecimiento de ellos a nombre de sus gobiernos y no sólo a nombre personal como el del inglés y del alemán, el señor Balmaceda había preferido los buenos oficios de EE. UU., Brasil y Francia.

El salvoconducto que me entregaron decía que «se haría de él el uso prudente necesario para guardar la debida reserva de las conferencias y para no despertar la atención pública sobre las personas a quienes se acordaba».

Pregunté a los diplomáticos quién era juez de la prudencia con que se usara el salvoconducto, pues si ese punto quedaba librado al señor Balmaceda, escasa sería la garantía.

Me contestaron que cada uno de nosotros era el juez de esta prudencia, pues estábamos colocados por el salvoconducto en la misma condición de seguridad personal que ellos; y que no debía abrigar cuidado ninguno, pues ellos sabrían defendernos si fuera preciso. Me agregaron, además, que era cosa convenida que si las conferencias no daban resultado favorable, los comisionados podríamos salir libremente fuera del país.

Por supuesto abundaron las manifestaciones de buenos deseos en favor de la paz, y del interés que los diplomáticos tenían por la República, manifestaciones que yo les agradecí.

La noticia de estas proyectadas conferencias se había ido esparciendo, y era general el recelo y el descontento que producían. Se decía que Balmaceda, no inspirando ninguna fe, sólo podía tener en vista alguna nueva infidencia, y que después de lo del *Blanco* no era posible oírle proposición ninguna. Las señoras sobre todo eran las más unánimes y las más enérgicas en esta resistencia.

Al día siguiente, domingo 3 de mayo, debía tener lugar la primera conferencia, y para que no me vieran salir de casa de mi mamá, pensé trasladarme a una casa vecina a la de Egan, y me acordé de la de Marcoleta. Anacleto temprano fué a ver a la señora Julia, que nos esperó en la puerta de la calle a las 9.

No sabía yo dónde estuviera el señor Marcoleta, y pocos momentos después de mi llegada entra a la pieza en que yo me encontraba. El señor Marcoleta estaba escondido en su propia casa. Todo el día pasé conversando con don Pedro, pidiéndole y dándole noticias. Supe que Agustín Edwards estaba bien de salud. La señora misma nos sirvió el almuerzo y la comida en uno de los salones para que ningún sirviente me viera, y en la noche a las 8½ tuvo lugar la reunión en casa de Egan.

Es más para comprendido que para descrito el efecto que nos producía la llegada de cada uno de los compañeros, después de cuatro meses de encierro y de persecución. Altamirano con su pelo y patillas largas estaba inconocible. Gregorio Donoso, por el contrario, no era fácil conocerlo por estar afeitado. Y a Ud. ¿quién le ha cortado el pelo?, me preguntaron. Carlos Varas ha sido el peluquero.

Estábamos reunidos todos los comisionados menos don Alejandro Vial, que de la Penitenciaría había salido para Europa, después de sufrir toda clase de vejaciones y de rendir fianza o hacer un depósito de \$ 50.000 en unión de Barrios, Javier Riesco y Juan Castellón que habían sufrido las mismas vejaciones y hecho igual depósito.

Después de comunicarnos nuestras respectivas impresiones, se convino en manifestar por escrito a los Ministros inglés y alemán y al Almirante inglés cuánto les agradecíamos su amistosa intervención. Ellos deseaban tomar parte en la mediación, y nosotros también deseábamos que ellos intervinieran; pero la manera cómo se habían ido desarrollando las cosas, la negativa de Balmaceda que conocía que Mr. Kennedy y Gutschmidt no le eran favorables, y un poco la rivalidad de los otros tres diplomáticos, no permitieron dar entrada a los Ministros inglés y alemán.

Nuestras conferencias tuvieron lugar en la noche del domingo 3, el lunes 4 en el día y en la noche, y el martes 5 también en el día y en la noche. No estaban presentes los mediadores sino nosotros siete.

Hubo uniformidad para apreciar la situación y lo que debía exigirse; pero cuando se trató de dar forma a nuestra resolución, se dividieron las opiniones. Todos estábamos conformes en que era base primordial el restablecimiento de la Constitución y de las leyes, la restauración de las autoridades desco-

nocidas, la revocación de todos los decretos ilegales y el otorgamiento de serias garantías que no volverían a repetirse los atentados cometidos.

La división de opiniones surgió sobre este último punto. Unos creían que no había otra garantía posible que la salida de Balmaceda de la Presidencia, y que debía esto expresarse en el documento que contuviera las bases bajo las cuales podía a nuestro juicio concluirse la revolución. Otros opinaban que no habiendo realmente otra garantía que la salida de Balmaceda, no era necesario expresarlo, pues no podía suponerse que Balmaceda aceptara derogar él mismo todos sus últimos decretos y era lógico suponer que prefiriese dejar el puesto para que fuera otro quien revocase todas las tropelías.

Los primeros agregaban que la salida de Balmaceda debía decirse de un modo expreso, como una condenación moral de sus atentados, y los segundos observaban que concurriendo en la necesidad de esa condenación moral, debía dejarse algún campo libre a los mediadores, si ellos veían exigida la salida de Balmaceda de un modo expreso, podían creer que no había base para mediar.

Habíamos dicho a los mediadores que bajo nuestras firmas les daríamos las bases bajo las cuales en nuestro concepto podía terminarse la guerra civil. Altamirano había redactado un borrador, muy bien escrito, como todo lo que él redacta, y Walker había hecho otro.

Discutimos detenidamente y el martes concluímos. Prats, Concha y Matte aprobaban el borrador de Altamirano. Yo también lo aceptaba, pero creía que debía agregársele la salida de Balmaceda como única garantía posible. Donoso prefería el borrador de Walker. El borrador de Altamirano se aprobó, y por cuatro votos contra tres se acordó no decir nada sobre salida de Balmaceda. Los tres fuimos Donoso, Walker y yo.

Walker estaba tan tenaz que había pensado no firmar. Se notó que la omisión de uno de los comisionados produciría mal efecto, y se convino en levantar una acta para dejar constancia de la diversidad de los pareceres. Walker aceptó este temperamento, se levantó el acta y todo quedó acordado. Era el martes 5 de mayo en el día. Llamamos entonces a los mediadores y les dijimos que en la noche les entregaríamos el documento que les habíamos ofrecido y que les daría a conocer nuestro modo de contemplar la situación; que si ellos lo consideraban oportuno y deseaban avanzar, podían pedir al señor Balmaceda sus bases o miras desde luego, y en vista de todo ello los mediadores procederían a desempeñar sus buenos oficios. Agregamos a los diplomáticos que el documento que en la noche les daríamos era confidencial y sólo para ellos, pues en ningún caso y bajo ninguna forma, ni oficial, ni privada, ni confidencial les autorizábamos a que lo dieran a conocer al señor Balmaceda, en ninguna de sus partes, antes que el señor Balmaceda les hubiera entregado a ellos un documento análogo y ellos nos lo hubieran mostrado a nosotros.

Teníamos motivos para creer que el señor Balmaceda circulaba entre sus amigos que las conferencias habían sido pedidas por nosotros; que eso revelaba que nos sentíamos mal y débiles; y que quería asumir el papel de omnipotente a quien se le pide alafia y que no puede negarse a oír a un suplicante. No conociendo Balmaceda nuestras bases, no podía asumir ese papel.

Los diplomáticos encontraron razonable nuestra exigencia de reserva, ofrecieron guardarla, y se fueron a la Moneda.

En la noche del martes 5 volvimos a reunirnos, firmamos las bases, y se las entregamos a los diplomáticos después de leérselas. Como sólo se hablaba en ellas de restablecimiento de la Constitución y de las leyes, y garantías en favor de las instituciones, les hicieron muy buena impresión, y los tres nos expresaron que estaban muy complacidos de la manera tan levantada y patriótica como considerábamos la situación y como proponíamos la terminación de la guerra civil.

Supimos esa misma noche que en la conferencia del día en la Moneda, Balmaceda había pedido conocer nuestras bases o exigencias, se había extrañado de la reserva que los diplomáticos habían ofrecido guardar, y no había manifestado mucha voluntad de proponer él nada. Sin embargo citó a los diplomáticos para el día siguiente miércoles, a las 5, para continuar la conferencia.

Nosotros nos retiramos a las 11 de la noche del martes, de casa de Egan, conviniendo que nos volveríamos a reunirnos cuando nos avisaran que Balmaceda había contestado.

El domingo en la noche había yo vuelto a mi casa, de donde estaba ausente desde el 7 de enero. Ese día 7, después de almuerzo, me fuí a los Tribunales, donde debían hacerse causas electorales de Petorca, y para agitar dos recursos en la Corte Suprema por prisiones ilegales de militares; y como en la mañana se había verificado el levantamiento de la escuadra, principiaron a susurrarse las prisiones, y a las 12 me fuí yo a la Legación de Colombia, a las 6 de la tarde a la Legación argentina, donde el señor Uriburu me hospedó hasta el 5 de febrero, día en que volví a casa de mi madre. Muchas atenciones y amabilidades debo al señor Uriburu y a su señora.

Al día siguiente, lunes 4 de mayo, varias personas fueron a verme y a cerciorarse si era efectivo que yo hubiera vuelto a mi misma casa. De las primeras que llegó fué la señora Irene Herrera de Varas. A la hora del almuerzo estuvo Beatriz Matta de Letelier, que en seguida se fué a la cárcel para ver a su marido, y poco después volvió por encargo expreso de él y de otros presos de la cárcel para decirme que no fuéramos a ceder en cosa alguna, y que no nos acordáramos de los presos para incurrir en alguna debilidad.

En la noche, don Teodosio Cuadros, que a causa de grave enfermedad había podido salir de la cárcel al hotel donde continuaba en calidad de preso, me mandó preguntar con Moisés Garrido qué había de las negociaciones, pues temía que pudiéramos ceder de las declaraciones que había hecho el Congreso. Le expliqué en general, y le encargué que le preguntara al señor Cuadros si a su juicio debía o no exigirse la salida de Balmaceda.

Garrido me trajo al día siguiente la respuesta de don Teodosio. El había pensado mucho en el asunto, y no encontraba otro camino compatible con el decoro que la salida de Balmaceda; que si nosotros hallábamos algún otro, enhorabuena, pero que el no había podido hallarlo. Esta era la contestación de una persona enferma, y preso y viejo. Puede por ella juzgarse el temple de los demás.

RECCIÓN CHILENA

En los tres días que estuve libre no hice más salidas que a casa de Egan para las conferencias y a casa de mi mamá.

A Eduardo Matte no se le había dado salvoconducto porque no lo necesitaba para asistir a las conferencias, hallándose asi-

lado en casa del mismo Egan.

La opinión general de la ciudad era que Egan servía de agente e instrumento a Balmaceda y que debía desconfiarse de él. Matte sin embargo me decía que esa desconfianza era infundada, según las largas conversaciones que había tenido él con Egan y tenía diariamente.

El miércoles 6 de mayo, como a las 2 de la tarde, don Domingo Concha me lleva a casa de mi madre un papel de su hermano don Melchor, en el cual me comunica saber de buena fuente que las conferencias fracasarán ese día porque Balmaceda insiste en conocer nuestras bases y se niega a dar ninguna por

su parte.

Le contesto que opto por salir del país, para que se lo comunique a los diplomáticos. Esta noticia nos confirmó la sospecha abrigada desde el primer momento de que las negociaciones no habían tenido otro objeto que presentarnos como solicitantes, propósito que había sido frustrado por nuestra reserva.

Muchas personas creían también que uno de los objetos que Balmaceda buscaba en las conferencias era saber dónde nos encontrábamos para capturarnos después. Las hermanas de Godoy habían dicho en una visita que ya no escaparíamos,

pues se nos seguía la pista.

Entre los amigos de Balmaceda la noticia de las negociaciones había causado gran sorpresa, y al principio no la habían creído y habían negado que fuera cierta. En la noche de la primera conferencia, don Nicanor Ugalde, para afirmar su negativa, había agregado: «¿Cómo puede ser cierto cuando ayer no más nos ha reunido el Presidente para consultarnos sobre medidas severas?» Ugalde es consejero de Estado.

Para tranquilizar a sus partidarios les dijo Balmaceda que las conferencias habían sido solicitadas por nosotros, y que él no podía negarse a oírnos. Me imagino que no le creerían mu-

cho, pero no podían menos de aparentar que creían.

A las 5 de la tarde me vuelvo a casa donde encuentro a Teresa Foster de Besa, que por encargo de su marido venía a preguntarme si había peligro de que hiciéramos alguna concesión. Le contesté tranquilizándola, pues las conferencias podían darse por concluídas en vista de la noticia de don Melchor Concha.

Dominado de los mismos temores de concesiones indebidas, me había escrito el Dr. Orrego desde su escondite, que no sé cuál sea, y extrañando que se admitieran conferencias a Balmaceda. ¿Qué dirían en Iquique? Le contesté en el mismo sentido, agregándole que los primeros pasos habían sido dados en Iquique, y que de allá nos había venido el encargo.

Eran poco más de las 5 cuando llega a casa, presa de gran agitación, Adelina Ortúzar, y me dice que acaban algunos policiales de tomar preso a Carlos Walker; que a pretexto de una bomba, que sin duda agentes del gobierno han lanzado, se dice que nos quieren tomar a todos, y me pide que me ponga en salvo. Como le manifestase que no era posible que se hubiera hecho semejante atentado con Walker, insistía Adelina en sus noticias y en la necesidad de tomar precauciones.

A ese tiempo vienen llegando a casa otros y otros, al fin mi hermano y todos me exigen que no me quede en casa, pues no estoy allí seguro. Me vuelvo a casa de mi mamá, que es la Legación colombiana, como a las 6 de la tarde. Mi mujer y Luisa Mac Clure van a ver al Ministro inglés que se resiste también a creer, y ofrece su casa, si es necesario.

Como a las 7 estuvo en casa el Ministro de Francia y le dijo a mi mujer que aún cuando no tenía comodidad en su casa, iba a ofrecerme su salón para que pudiera estar en seguridad y se expresaba del gobierno en los términos más duros.

¿Qué había ocurrido? A las 5, hora de la cita, llegaban a la Moneda los tres diplomáticos mediadores, y los recibe Godoy, estando ausente Cruzat. Sin ofrecerles ni asiento les dice que los comisionados de la oposición son unos bandidos; que ellos los diplomáticos son amparadores de bandidos; que los salvoconductos están rotos desde ese momento; y que si el gobierno nos captura, no deben ellos extrañarse de vernos al día siguiente colgados de los árboles de la plazuela.

Al salir de una sesión del llamado Congreso se arrojó una supuesta bomba a dos o tres de los Ministros de Balmaceda, como a las 4 o 4½, y esto era el motivo de las iras.

Las bombas no causaron ningún daño, ni a las personas, ni en el suelo o casa vecina, aunque una de ellas había estallado. Las personas que las habían arrojado, aunque las calles están llenas de policías, y aunque salieron en su persecución soldados a caballo que hay a toda hora listos en el cuartel de Cazadores, no pudieron ser alcanzadas. Todos a una voz decían que todo ello no era más que una farsa preparada ad hoc para servir de pretexto a la ruptura de las conferencias. La noticia que a las 2 de la tarde me había mandado Concha y Toro corroboraba en mí esa opinión.

Sorprendidos los diplomáticos con ese grosero tratamiento, creyeron que su primer deber era ponernos en salvo, y salieron en el acto de la Moneda con ese objeto. Unos se dirigieron a casa de Concha, otros a la de Walker, después a la de Altamirano, y así sucesivamente. Sobre todo M. de France y Cavalcanti no podían ocultar ni disimular la profunda indignación que les había producido la conducta de Godoy.

Al día siguiente reclamaron de este tratamiento, y se dice que Balmaceda procuró tranquilizarlos con toda clase de excusas, y diciéndoles que no hicieran mucho caso de las palabras de Godoy. En una nota, que se publicó, de Cruzat a los diplomáticos, se reconoce que Godoy declaró rotos los salvoconductos, pero Cruzat dice que el gobierno los respetará no obstante lo de la bomba, por consideración a los diplomáticos.

Las explicaciones parece que no satisficieron mucho a Cavalcanti, y mucho menos a M. de France. De Egan no se dijo que se hubiera manifestado ni sorprendido ni ofendido.

Volví, pues, a esconderme, aunque ahora en condiciones menos favorables. Antes ni los sirvientes, fuera de uno, sabían que yo estaba en casa de mi mamá, y la policía no tenía tampoco ninguna seguridad, pues algún empleado venido del norte después de Pozo Almonte, decía haberme visto en Iquique. Ahora se sabía, sobre todo por los espías, que yo estaba en Santiago y en qué casa. Era pues necesario salir. Además en el norte yo puedo prestar algún servicio; encerrado en Santiago no presto ninguno.

El domingo 10 de mayo vienen a casa los señores Egan y Cavalcanti y me dicen que está arreglado nuestro viaje fuera del país, y que saldremos el martes en el *Baltimore*, buque de guerra americano que nos llevará al Callao, y que los demás comisionados están ya prevenidos.

—¿Han hablado Uds., les pregunté, con el Presidente y el Ministro? ¿No sería bueno algún documento escrito para evitar malas interpretaciones? La experiencia adquirida con los salvoconductos aconseja prevenirse. Uds. tal vez extrañarían mis recelos cuando me trajeron el salvoconducto; los sucesos posteriores han manifestado que había razón para esos recelos porque conozco al hombre.

—No tenga Ud. cuidado ninguno, dijeron. Hemos hablado con el Presidente y el Ministro, y todo está definitivamente arreglado. Se embarcarán Uds. el martes para el Callao y allí po-

drán tomar el primer vapor para Iquique.

—Yo los acompañaré a Valparaíso con el señor Egan, me dijo Cavalcanti, y vendré a buscar a Ud. a las 7 de la mañana para irnos a la estación. M. de France también irá.

Adiós, Adiós, Eran como las 4 de la tarde.

Mi hermano Enrique deseaba también irse al norte, y en la noche fué a ver a Mr. Egan para que le permitiera irse en el *Baltimore*; volvió a casa con la noticia de que Mr. Egan le había dicho que él no tenía dificultad, pero que el viaje corría peligro de no hacerse porque el Presidente exigía que firmásemos un compromiso de no ayudar a los revolucionarios para permitir nuestra salida. No pude creer semejante cosa después de nuestra conversación del día, y continué en arreglos de maleta.

El día siguiente, lunes 11 de mayo, como a las 4, vuelven a casa los señores Egan y Cavalcanti y me dicen que Balmaceda exige de nosotros el compromiso de no ayudar a la revolución y que sin él no nos permite embarcarnos. Ellos le han representado que nosotros sin duda no aceptaríamos semejante exigecia; que ellos no se atreven a proponérnosla, y que eso es contrario a lo convenido. Balmaceda ha insistido, y ellos a pesar de sus esfuerzos no han podido hacerle variar su resolución.

Manifesté a los señores Egan y Cavalcanti que no me sorprendía ninguna informalidad del señor Balmaceda, porque lo conocía; que por lo demás él no había contraído conmigo esta vez ningún compromiso sino con ellos, y por consiguiente nada tenía yo que hacer, y eran ellos a quienes concernía ese cambio y quienes debían ver cómo cumplían los compromisos que habían contraído con nosotros y en virtud de los cuales habíamos abandonado los lugares seguros en que estábamos para ponernos al alcance de Balmacoda.

Cavalcanti y Egan repitieron los esfuerzos que habían hecho; que por consideración al país no habían sido más exigentes después del tratamiento injurioso de que habían sido víctimas por parte de Godoy, pero ¿qué podían hacer si Balmaceda se negaba?

El estado de ánimo de estos caballeros era tan digno de conmiseración que no insistí más. — Han contestado Uds. muy bien, les dije; lejos de firmar compromiso de no ayudar a la revolución, el único compromiso que tengo y estoy dispuesto a cumplir es ayudarla de todos los modos que me sea posible y donde quiera que me encuentre. Y si no podemos salir del país, está bien.

No necesita comentarios la conducta de estos dos caballeros. Se comprometen dándonos toda clase de seguridades, después de haberles llamado su atención a la clase de hombres con quienes tratábamos, y en seguida dicen que no pueden cumplir. Respecto de Cavalcanti no hay antecedente para atribuir su procedimiento a otra causa que a debilidad de carácter. En cuanto a Egan, parece que está con Balmaceda en relaciones de vasallaje, y así se explica su conducta.

Dejé de mano el asunto del viaje y volví a mis tareas anteriores, de leer la mayor parte del día, alternando con ratos de conversación con Infante, Máximo y Carlos Varas, que iban a mis piezas, o con Anacleto, Benjamín o Alberto.

Mucho he leído en estos meses. La Historia de San Martín por Mitre, en casa del señor Uriburu, que me la prestó; la de la fundación del Imperio Alemán por Sybel, la de Europa durante la Revolución Francesa, por el mismo autor; la Vida de Lord Liverpool; las obras de Le Play, las sesiones del Congreso de 1810 a 1826, varias obras de Amunátegui, la geografía de Strabon y muchas otras.

Se comprenden, sin necesidad de mencionarlos, los comentarios que se hicieron de la conducta de Egan y Calvacanti, y se vió en ella una confirmación de las sospechas que se abrigaban acerca de la situación de Egan respecto de Balmaceda.

El miércoles 13 estaba concluyendo de comer, y me avisan

que me busca M. de France. Me dice que él no ha podido aceptar la exigencia de que firmáramos un compromiso para salir del país: que indicó a sus colegas que debían reclamar el cumplimiento de lo convenido, y que él había redactado una nota con ese obieto, que les sometió a su aprobación. Cavalcanti y Egan se negaron a firmarla y entonces él la pasó al gobierno con su sola firma. En ella exigía el cumplimiento de lo convenido, y agregaba que entre tanto declaraba al gobierno que cualquiera injuria que se hiciera a los comisionados la estimaría inferida a su propia persona.

Esta nota fué suficiente. Se arregló nuestro viaje y venía a decirme que al día siguiente podíamos partir libremente y sin compromiso ninguno. El sentía no podía ofrecernos sino el único buque de guerra francés que había en la costa, que era el Volta, por ser pequeño.

Un Encargado de Negocios interino pudo más que dos plenipotenciarios. ¡Lo que vale tener carácter y no estar ligado por negocios!

M. de France y Cavalcanti se irían a Valparaíso temprano al día siguiente para hablar M. de France con el comandante del Volta, y nosotros nos iríamos con Mr. Egan en la noche. Los de la partida serían Altamirano, Concha y Toro, Prats y vo. Donoso v Walker se quedaban porque podían prestar servicios en Santiago, y Matte, como no había tenido salvoconducto, no podía reclamar libre salida. Egan me dijo que había hecho muchos esfuerzos y no había podido obtenerla.

Sara, mi mamá v otros en casa se oponían a que me fuera yo a Valparaíso con Egan. Creían que podía ser víctima de algún atentado o maldad, con la complicidad o tolerancia de Egan como agente de Balmaceda. A tal extremo llegaba la idea que de él se tenía. Para tranquilizarlas les dije que iría Concha y Toro también y no quería ciertamente exponerse. Mandan ellas preguntar y contesta la señora que don Melchor no irá con Egan porque no tiene confianza en él. Salió la cosa al revés y se necesitó mucho esfuerzo para tranquilizarlas. Se les hizo presente que en todo caso corría vo mucho más peligro en Santiago, donde quedaba a merced de Balmaceda y sus espías.

El señor Prats recibió recado de Balmaceda que a su nombre y al de los Ministros le ofrecía seguridad de que no sería molestado, y por este motivo desistió del viaje. Los viajeros eran sólo Altamirano y vo.

Egan fué a buscarme a casa de mi madre, a las 11 de la noche. Tomó allí té y salimos a la estación. A las 12 llegó Altamirano, y nos pusimos en marcha en un tren expreso que nos aguardaba. Mr. Spooner había facilitado un carro Pullman y llevó su galantería hasta enviar un canasto con fiambres y champaña.

Como a las 5 de la tarde de este mismo día miércoles, se esparció la noticia de que el buque de guerra americano *Baltimore* había salido en persecución del *Itata*, escapado de San Diego pocos días antes, y esta noticia aumentaba la desconfianza en Egan porque se creía ver su mano y su apoyo a Balmaceda en esta ingerencia del *Baltimore* en nuestros asuntos. Egan decía que de Washington, y sin intervención de él, había venido la orden para el *Baltimore*. Este buque era el que debía habernos conducido al Callao.

Al partir diversos presentimientos me asaltaban.

¿Qué pasará en Santiago? ¿A qué excesos no se entregará Balmaceda? Pero en el Norte puedo prestar algún servicio, y aquí en Santiago no presto ninguno. Por lo demás, Dios proveérá.

A las 5 de la mañana del viernes 15 de mayo, llegamos a Valparaíso, Estación del Puerto. Estaba enteramente de noche. M. y Madame de France y Cavalcanti aguardaban en la estación. Pasamos al resguardo y en seguida al muelle para embarcarnos. Centinelas y aparato de guerra por todas partes. En el camino del muelle a bordo sentimos varios disparos como de fusil que nos hicieron detenernos. Continuamos y llegamos al Volta. No eran las 6 A. M.

En el Volta

El Volta es un buque de guerra antiguo, de 1.200 toneladas y 6 cañones. Había llegado hoy a Valparaíso viniendo de Coquimbo y de la Nueva Zelanda. El comandante Mr. Huguet nos recibió con mucha amabilidad y nos hospedó en su salón. El 2.º comandante es M. Blaise. El vapor no anda más de 6 o 7 millas por hora. 164 individuos de tripulación y 4 agregados. Aunque el buque no ofrece mucha comodidad, la conducta

levantada de M. de France y las atenciones del capitán reemplazaban todo lo que podía faltar. El estar fuera del alcance de Balmaceda era bastante para considerarnos en un paraíso, sin estar a cada momento recelando una sorpresa o una asechanza. Podíamos respirar libremente. No había un espía vecino.

El vapor ocupó el día en tomar carbón para salir al siguiente. M. y Mme. de France volvieron a almorzar. Más tarde llegaron Jorge Saavedra, un joven Anwandter y Roberto Huneeus, que andaban buscando cómo irse al Norte.

